

Analogías de la televisión educativa

JESUS GARCIA JIMENEZ

La televisión es una técnica de comunicación humana excesivamente joven para sustentar cualquier teoría definitiva. El desarrollo del «hecho técnico» ha sido tan rápido que ha dejado pocas opciones de dominio al pensamiento, preocupado por el análisis y el alcance de sus peculiaridades.

El fruto, bien poco positivo por cierto, de esta situación de desfasamiento, ha sido la improvisación de fórmulas provisionales que, desgraciadamente, han ido adquiriendo, a falta de otras mejores, carta de naturaleza.

Mejor o peor, el transcurso de los años, dominados por el imperio de la imagen cinematográfica y la comunicación sonora (radiodifusión, teléfono) habían motivado oficios y técnicas funcionales, que gozaban de una relativa experimentación, que no era lícito ensayar a la precipitada evolución de la televisión.

Por todo ello, más que buscar su campo específico de acción, la televisión se vio sumida en la necesidad de aplicar técnicas que no le eran propias. La televisión se convirtió de pronto en la panacea de las técnicas preexistentes y en un repertorio general de los medios de comunicación humana conocidos antes de su nacimiento. A ella tuvo acceso una poesía pensada y creada para «ser leída», un tipo de teatro, pensado y creado para ser «presenciado» en un escenario, y un tipo de cine, pensado y creado para ser exhibido en salas de proyección normal. Sólo como una consecuencia accidental de exigencias claras y definidas se fue acotando el quehacer expresivo de la televisión en leve contrapunto.

Pero uno siente la tentación de pensar: ¿qué hubiera ocurrido con la televisión si, por hipótesis, no hubiera sido el final de un proceso de descubrimientos en materia de comunicación humana?... ¿Qué hubiera sucedido con la televisión, si hubiera sido posible partir de cero en la concepción de sus características, posibilidades y perspectivas?

No cabe duda de que la imagen dinámica, casi natural, transmitida a distancia, al servicio de la espontaneidad del acto humano, hubiera podido desencadenar (más aún: hubiera «debido» desencadenar) un proceso nuevo y diferente.

Naturalmente, sé que se me puede argüir que

no se dan hechos teóricos puros en fenómenos comprometidos con la técnica y la economía. Ya lo sé. Posiblemente, no se hubiera podido renunciar a la alianza de todos los recursos que la invención humana pudiera alcanzar, pero al menos tendríamos sobre el papel una teoría químicamente pura y diferencial, una especie útil y curiosa en ese espeso bosque de la comunicación social, que hubiéramos podido cultivar, sin que la densidad de otras especies diferentes amenazasen disecarla.

Las cosas, sin embargo, no han sido así. Y todo está, por el momento, condenado al laboratorio.

Para tratar, por consiguiente, de establecer unas analogías sobre televisión educativa debemos partir de algunos puntos claros, unánimemente aceptados y suficientemente comprobados ya en los sistemas generales de televisión. Digo «en los sistemas generales» de televisión no porque trate de establecer analogías entre el todo y sus partes (no sería legítimo), sino entre dos realidades distintas. El primer error sería, por tanto, pensar que la televisión educativa es una parcela de la televisión total, indiscriminada, general. Realmente es algo diferente, con analogías y diferencias, como vamos a ver a continuación.

Como primer hecho claro, que puede servirnos de punto de partida, podemos afirmar que la televisión es un moderno *medio de comunicación de masas*.

Este puro hecho implica ya consideraciones posteriores.

Significa que la comunicación televisada responde a las exigencias de una comunicación organizada, costosa, pública, rápida, transitoria, destinada a un público grande, heterogéneo y anónimo, con tres objetivos fundamentales: información, cultura y entretenimiento.

A partir de estos elementos, que abarcan al destinatario del mensaje, la función de la comunicación, en sus relaciones causales y en su consideración empírica, podemos hallar ya claras diferencias:

La televisión educativa se dirige a un público que los sociólogos califican de «grande» y de heterogéneo, pero no es anónimo, sino analógicamente; es decir: no es un público indiscriminado,

confuso e incontrolable, sino un público tipificado, preseleccionado y conocido, al menos en sus características generales de grupo.

A nivel de quehacer asistemático, no comprometido con las estructuras docentes tradicionales, la televisión preselecciona y da cohesión a base de índices, más o menos arbitrarios, a su público específico. En la medida en que estos índices de preselección y cohesión van dejando de ser arbitrarios se va tipificando la acción de la televisión educativa, hasta llegar a la constitución de grupos homogéneos. Así ocurre, por ejemplo, en las campañas de educación de adultos o de cultura popular, sobre la base de teleclubs o «puestos de recepción» obedeciendo a criterios de promoción sociocultural.

La fuerza de la televisión presta su cohesión al grupo, al poner de relieve sus intereses vitales y su problemática general. Son en general grupos a los que yo no me atrevería a denominar «arbitrarios» ni «convencionales», pero tampoco grupos naturales.

J. Cazeneuve, citando a Georges Davy, afirma que la radio y la televisión nos llevan a tomar conciencia de una vida que nos supera y de unos intereses que no son los nuestros. El individuo se encuentra, más o menos inconscientemente, integrado en una especie de *cuerpo social ideal*, que es el público de la radiotelevisión, de la misma manera que en el contrato social de Rousseau, el hombre aislado llega a ser miembro del cuerpo político, «como sujeto, primero; como soberano, después». El acercamiento ideal de los oyentes o telespectadores alejados provoca el nacimiento de cierto cuerpo del cual son miembros. La prueba de la existencia de este cuerpo, invisible, pero real, es que podemos analizarlo. El público de la radiotelevisión es una verdadera realidad sociológica.

Pero analizado en todos sus elementos esenciales encontramos que el individuo telespectador se encuentra investido de ciertos atributos y predicamentos. No es el individuo solamente; es el individuo sometido a una experiencia social y anclado en un grupo sociológico natural: la familia.

El público destinatario del mensaje de la televisión educativa tiene, evidentemente, menos cohesión interna, en cuanto tal grupo, que la familia. Pero la cohesión le viene al grupo-familia de su propia naturaleza y no de las relaciones causales que puedan existir entre el comunicante y el destinatario del mensaje televisado. Es decir, en el análisis de la función comunicativa de la televisión educativa nos encontramos con que el grupo tiene menos cohesión natural, pero mayor grado de susceptibilidad, de influencia, de respuesta, y, en definitiva, de vinculación con el comunicante.

Otra característica del grupo destinatario del mensaje de la televisión educativa es que la estructura misma del grupo responde a la naturaleza de la función comunicativa. Es un grupo vo-

luntario, nacido del interés fundamental de aprender. Este claro deseo, expreso o tácito, matiza no sólo la estructura, sino incluso las funciones del grupo. El grupo se caracteriza no sólo por una homogeneidad de intereses, sino por su capacidad de respuesta. Mientras la televisión en general, como afirma S. Graham, interesa principalmente a los individuos que buscan distracciones pasivas, y una buena parte de psiquiatras interpreta esta atracción por la pasividad como una regresión al estadio oral, el grupo destinatario de la televisión educativa es eminentemente activo, opera según mecanismos de *feedback* y da profundidad y sentido a la comunicación oponiendo a la información «su» respuesta. Entiéndase bien, sin embargo, que la respuesta no llega a convertir al mensaje en un diálogo, porque hablamos de «respuesta» como acepción semántica. La respuesta no puede llegar a coloquial o «dialógica» porque el interlocutor, como dijimos antes, sigue siendo anónimo analógicamente.

Pero podríamos dar todavía un paso adelante. En una ulterior precisión de esta analogía, ¿la reacción del grupo que recibe el mensaje equivale simplemente a la «respuesta» que corresponde a un simple «estímulo informativo»? No. Este tipo de respuesta se da siempre en el telespectador por pasiva que parezca su actitud ante el mensaje.

Para valorar en profundidad el sentido de la respuesta debemos tomar en consideración la que Maletzke llama «constelación de factores mediadores». Los primeros factores serían en un orden lógico el grado de disponibilidad y las tendencias del grupo. Hay que advertir en este sentido que el público específico de la televisión educativa muestra un considerable índice de disponibilidad por recibir un mensaje que coincide con la línea y sentido general de sus intereses. Esta coincidencia, por añadidura, no es fortuita, como ocurre de ordinario en los mensajes de cualquier tipo de televisión no específica, sino consciente y voluntaria. Es un principio fundamental de la televisión educativa el que exige que sus mensajes se integren plenamente en el cuadro general de un proceso educativo previamente seleccionado y planificado.

Otro de los factores mediadores es la propia estructura del grupo. Es un grupo reducido, de estructura coherente, permeable y abierto a la evolución. Esta actitud, naturalmente dinámica, del grupo radica y se hace proporcionalmente sensible en la medida en que lo sea un elemento integrante de la estructura, que opera a manera de núcleo biológico y elemento de motivación: el «monitor». El monitor, que en su versión ideal nace espontáneamente del propio grupo que recibe, vive, controla y aprovecha el mensaje, representa el máximo grado de disponibilidad, de sensibilidad y de tendencia a la evolución. El monitor es un elemento específico de la televisión educativa.

En definitiva, el sentido de la «respuesta» coincide, en el orden de lo real, con el objetivo de la tarea educativa de la televisión. Hace referencia a esta realidad la naturaleza y características del mensaje, otro de los factores mediadores que implica ciertas analogías con respecto a la televisión general. En efecto; el mensaje de la televisión educativa, en su aspecto objetivo, es decir, el contenido del mensaje se muestra ya inicialmente comprometido con la perfectibilidad del individuo al que va destinado, al propio tiempo que muestra la inexorable incapacidad de una adaptación perfecta a sus necesidades individuales. Son mensajes «para la acción» humana; mensajes «para la vida». Por añadidura, la naturaleza de cada contenido implica y exige su propia y específica metodología. La transmisión de cada contenido viene reglada por una normativa característica. Dicho de otro modo: cada mensaje tiene su propia didáctica.

Esa inexorable incapacidad de adaptación perfecta a las necesidades del individuo, a la que acabamos de aludir, significa que los mensajes de la televisión educativa no son «autosuficientes». Exigen el refuerzo y el acompañamiento de otros elementos subsidiarios para motivar una «respuesta» adecuada. El más común (y parece que el más eficaz y simple también) es el material constituido por publicaciones impresas, y en muchos casos la correspondencia e incluso otros medios audiovisuales.

Se intenta motivar, aclarar, activar, profundizar, humanizar y personalizar el mensaje de la televisión que por su propia naturaleza es irreversible e impersonal. En manos del «monitor» el material de acompañamiento constituye una

pieza clave para lograr la permeabilidad, la apertura y el aprovechamiento, tanto del individuo como del grupo.

La televisión educativa, en cuanto sistema específico y concreto, muestra, en sus analogías con la televisión general, un último aspecto que debemos tomar en consideración. Se trata de un sistema cerrado, cuya fase final revierte sobre la primera.

Una acción tan concreta, planificada, orientada y aprovechada en orden a la formación del individuo exige un control y evaluación de sus propios resultados. Esta medida afecta no sólo al «monitor», testigo permanente de la vida, la evolución y la capacidad de respuesta del grupo, sino al propio sistema de televisión, que, en virtud de los resultados, orienta de nuevo las primeras fases de la producción, en su intento por lograr un máximo de eficacia.

Deliberadamente hemos tomado los términos «monitor» y «maestro» como sinónimos, y no hemos pretendido poner de relieve sus diferencias porque nuestro propósito era analizar las que existían entre el sistema ordinario de televisión y la televisión educativa considerada como sistema específico. Desde el planteamiento general de las analogías, que hemos puesto de manifiesto, coincidencias y diferencias de la televisión educativa sistemática, comprometida con las instituciones docentes y la televisión educativa y asistemática, y sin compromiso formal, equidistantan del sistema ordinario y común de la televisión como poderoso instrumento de información, cultura y entretenimiento a disposición de nuestra sociedad de masas.